



reportaje

¿Dónde está el oro?

1944. Segunda guerra mundial

Japón y Alemania intercambiaron material estratégico. Una de las operaciones debía llevar a Alemania 2.000 kilos de oro japonés y uranio, a bordo del submarino nipón I-52, pero el metal nunca llegó a su destino

A LA VERSIÓN OFICIAL

El I-52 fue hundido en el Atlántico por los americanos, cuando navegaba desde Japón a Lorient (Francia). El sumergible permanece en el fondo del mar. El oro y el uranio nunca se encontraron

▶ UNA ÚNICA CITA:
A 1.200 MILLAS DE CABO VERDE

23 Encuentro entre el I-52 y un submarino alemán, el U-530, de madrugada, para hacer varios intercambios
junio

1

El I-52 pasó documentos de alto interés militar

El U-530 instaló al I-52 una antena de camuflaje de última generación



Los servicios secretos de EEUU conocían la cita y enviaron un portaviones



EL SUBMARINO JAPONÉS I-52

Era un elemento clave para el intercambio de material bélico

LA CARGA

2.000 kilos de oro

Materiales para la construcción de armas

Uranio (para la fabricación de la bomba atómica)

EL RECORRIDO

DESTINO Lorient (FRANCIA)

PARTIDA

Marzo de 1944

Sing (JAPÓN)

HUNDIMIENTO DEL I-52



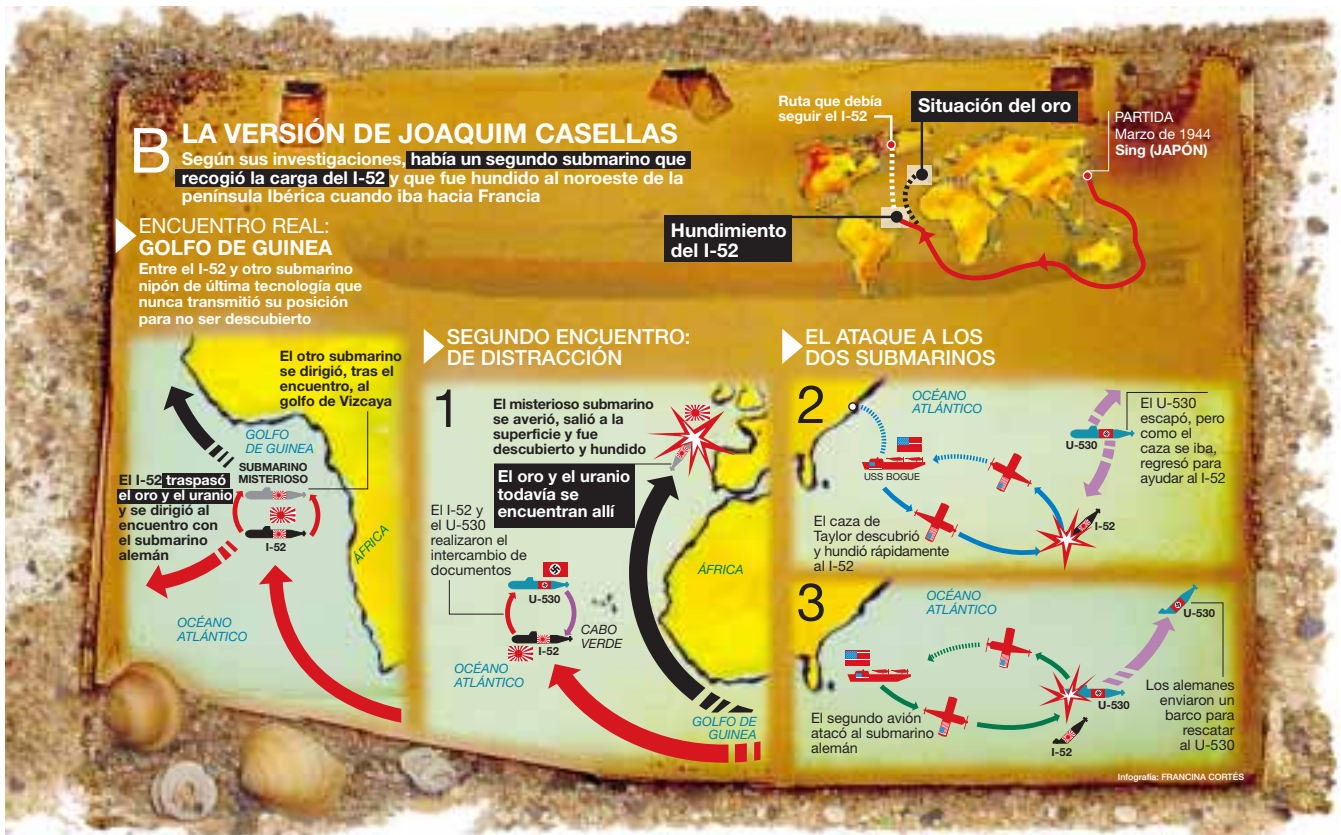
Oro y uranio bajo las aguas

EL CATALÁN JOAQUIM CASELLAS ASEGURA QUE LOS LINGOTES Y EL METAL QUE LLEVABA EL SUBMARINO JAPONÉS I-52 ESTÁN EN OTRO SUMERGIBLE HUNDIDO FRENTE A PORTUGAL

TEXTO: EMILIO PÉREZ DE ROZAS
INFOGRAFÍA: FRANCINA CORTÉS

U n zapato. Sólo encontraron eso, un zapato. Fue una gran frustración, cierto, pero ellos creyeron que debían entregárselo a las familias de los oficiales y marinos de la Armada Imperial Japonesa que perdieron la vida en aquel submarino. Y allí, en Japón, levantaron un monumento, un gran muro, por los caídos en el sumergible I-52.

No había más. Ni rastro de las 54 toneladas de hule, estaño, tungsteno, molibdeno y magnesio para elaborar material bélico que los mozos reconocieron haber cargado en aquel inmenso submarino, construido en los astilleros de Kure, en 1943. Ni rastro de las 2,88 toneladas de opio y las tres de quinina para curar a los heridos de guerra que aquella gente afirmaba haber colocado en las bodegas de aquel navío, tan grande como el Camp Nou (108 metros). Y, mucho menos, nada de las dos toneladas de oro (146 lingotes) y los tubos de uranio enriquecido con isótopo 235, imprescindible para la cons-



trucción de la bomba atómica. Era, en efecto, el I-52, el sumergible que todo el mundo buscaba y que sólo el norteamericano Paul Tidwell supo encontrar. No había duda: se apreciaba el refuerzo de su hélice de popa con la cámara pendular que hicieron descender desde el inmenso buque ruso *Akademik Mstislav Keldysh*, el mismo que utilizó *National Geographic* en su documental sobre el *Titanic*. Pero ni Tidwell ni sus patrocinadores pudieron completar su obra, que quedó reducida a una interesante película titulada *Misterios en la búsqueda del submarino I-52*.

Todo empezó en Roses

El intento de recuperación de la carga de una de las misiones más misteriosas y, tal vez, decisivas de la segunda guerra mundial, se produjo en 1998, en las mismas fechas en que el catalán Joaquim Casellas intentaba convencer al Departament de Turisme de la Generalitat y a la embajada de Alemania de que le concedieran los permisos necesarios para reflotar un submarino alemán que, dice, hay en la bahía de Roses. Casellas es submarinista de profesión, aficionado a la oceanografía. Ni que decir tiene que Casellas no logró los permisos para convertir aquel submarino en la más original de las atracciones turísticas de la Costa Brava, pese a las buenas intenciones mostradas por Marta Ferrusola. Pero sí consiguió meterse de lleno en la «auténtica» historia del I-52.

Ese submarino alemán de *Roses* le convirtió en una rata de biblioteca y, sobre todo, en un apasionado investigador, en un especialista de arqueología marina. En un experto del mar de la segunda guerra mundial. Poco le importó que el capitán de fragata Wolfgang Anders, entonces agregado naval de la Embajada de Alemania en Madrid, le comunicase por carta: «Mi país no tiene interés alguno en la recuperación del barco hundido. Lo siento».

Pero Casellas, atrapado por la temática, ya se había metido de lleno en ese apasionante mundo. Y se había hecho amigo de *herr Horst*, excomandante de un submarino alemán, poseedor del *U-Boot Archiv*, un fabuloso pozo de documentación que hay en Cuxhaven, localidad situada al norte de Alemania.

El caso es que ahora Casellas, que asegura tener «miedo» por la enorme información que maneja sobre la operación «ultrasecreta» en la que estaba involucrado el I-52, busca el millón de euros que le permita poner en marcha el rescate del submarino que, éste sí, llevaba las dos toneladas de oro (valoradas ahora en unos 21 millones de euros, 3.500 millones de pesetas) y, lo que es más importante, los tubos de uranio enriquecido con isótopo 235, que demostrarían que cuando el I-52 fue hundido el 23 de junio de 1944 a 1.200 millas del archipiélago de Cabo Verde, en medio

Casellas cree que el I-52 sirvió de señuelo para ayudar a huir al otro submarino



Casellas muestra un dibujo del I-52.

del Atlántico, por los poderosos *Avenger* procedentes del portaaviones norteamericano *USS Bogue* y pilotos por Jesse Taylor y William Gordon, estaba a punto de facilitar al Tercer Reich lo único que le faltaba para poseer la bomba atómica.

Tidwell, según Casellas, no encontró nada de lo que buscaba en el I-52 porque antes de la llegada del submarino japonés al punto de encuentro con el submarino alemán U-530, al que otros historiadores llaman U-853 o U-529, y que debía facilitarle una antena de camuflaje para cruzar el océano sin ser detectado por la Marina de EEUU, el buque nipón se encontró, frente al golfo de Guinea, con otro submarino japonés, más manejable y sofisticado, al que, en cuestión de horas, trasladó toda su mercancía junto a dos científicos vitales para la fabricación de la bomba H, uno japonés y otro ruso.

Esa operación de despiste, que ahora empiezan a reconocer todos los expertos consultados por Casellas y sobre la que el propio Tidwell posee información facilitada por el submarinista catalán, es la que demuestra que mientras el I-52 entretenía a los yanquis en medio del Atlántico («no me extrañaría que hubiesen hecho de cebo, de señuelo, en el más puro estilo de los kamikazes», señala Casellas) el otro submarino japonés enfilase serenamente su camino hacia el puerto de Lorient, en Francia, donde los alemanes tenía una base.

Casellas, que ya tiene convencido

a medio mundo de esta maniobra de distracción ante el golfo de Guinea, se ha entrevistado con el capitán Wermut, responsable del U-530, que también fue alcanzado por Gordon y Taylor («cometió el error de volver atrás tras colocarle la antena de camuflaje creyendo que podrían salvarlos»), y con el capitán Graulind, que dirigía desde tierra el encuentro del I-52 y el U-530. Casellas asegura que el submarino que recibió el oro y el uranio sufrió una grave avería en sus motores y novedosos sistemas electrónicos frente a las costas de Portugal, cuando le quedaban únicamente 36 horas de navegación para llegar a Lorient.

Desgraciado final

Esos problemas le obligaron a ascender a la superficie, como mínimo dos veces al día, a profundidad de periscopio (sólo tres metros bajo el agua) para renovar su oxígeno hasta ser detectado por cazas americanos o, tal vez, ingleses que acabaron bombardeándolo y provocando una explosión en su interior que, tal vez, haya desperdiciado todo su cargamento, oro y uranio incluido, por el fondo del mar.

Donde se encuentra esperando a que Casellas junte el millón de dólares que necesita para cumplir su sueño: comprobar que, en efecto, Tidwell y *National Geographic*, encontraron el I-52, pero que el oro y el uranio están en otro sumergible frente a las costas de Portugal. =